

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8450

DIARIO DE LA NOCHE.

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 56

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Camartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 466.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIEBAS 4.

Miércoles 8 de Enero de 1890.

LAS NACIONES PEQUEÑAS.

Desde que Alemania se quedó con dos provincias francesas, han empezado á levantar el gallo de tal manera las potencias de primer orden, que verdaderamente se han puesto inaguantables. Armadas hasta los dientes y deseando todas ellas ensanchar los respectivos territorios, no hay alianza que no intenten ni maniobra que no estén dispuestas á empeñar.

Uniéronse Italia, Alemania y Austria para tener en jaque á Francia; mejoró Francia sus relaciones con Rusia para estar á cubierto de un ataque brutal, y unos y otros han ido buscando y solicitando la amistad de Inglaterra, porque conseguida esta amistad, habrían alcanzado sobre los enemigos, más cubiertos que declarados, una superioridad incontrastable.

Inglaterra no ha querido meterse en dibujos, y ha preferido mantener su política tradicional que consiste en vivir independiente sin adquirir compromisos; pero estando prevenida para el caso de que el viento revuelto. Si este caso llega, ya se sabe lo que hará Inglaterra: apoderarse de la presa que mejor se le acomode.

En estos conciertos europeos no se hace caso ninguno de las naciones de segundo y tercer orden. Si les desprecia y se cree que si la tremolina se arma, no tendrán más remedio que entrar en la danza y bailar.

Mientras tanto las potencias chicas duermen y viven tranquilas y confiadas en su inocencia y buenos deseos. Aspiran á mantenerse neutrales y esperan poderlo conseguir. Su buena fe, es laudable ciertamente, si en política internacional cupiera buena fe.

Alguna voz suena de vez en cuando que hace abrigar temores por la independencia de Bélgica, y hasta se dice que en Bélgica han brotado partidarios de la anexión de este país á Alemania. Deben ser voces que hacen correr los alemanes, los cuales en efecto tienen tanto cariño á Bélgica que se la quieren merendar. Conseguido esto pensarán en Holanda.

Por su parte los rusos andan soñando también con anexiones y aumentos de territorio. Parece como que ha sonado la hora de transformar el mapa de Europa.

¿Qué hacen las potencias chicas para oponerse á la ambición de las grandes potencias? Absolutamente nada. Conservar su cómoda neutralidad y permanecer aisladas.

Y sucede pues no ha de suceder que Portugal, cuyos derechos en Mozambique son incontestables, no puede dar un paso sin que la diplomacia inglesa se le atraviese en el camino. Ahora mismo está preparando Salisbury una nota energética para obligar al gobierno lusitano á que detenga el movimiento de sus soldados en Africa. Si Portugal no le da toda clase de explicaciones y satisfacciones, inmediatamente ordenará al ministro de Inglaterra en Lisboa que pida los pasaportes.

Estas valentías de Inglaterra son poco

comprometedoras. Si se tratara en vez de Portugal de Alemania ó de Rusia, no se mostraría tan bravucon el ministro inglés. Probablemente habla ya en tonos menos altaneros, porque todo eso del orgullo británico es música celestial. Tiene orgullo y altanería con los débiles; con los fuertes, apela prudentemente á la diplomacia.

Si Portugal no se encontrara aislado, podría chillar un poco. Desgraciadamente no cuenta con ninguna amistad que valga dos pesetas. Nosotros, que á pesar de los desdenes portugueses tenemos mucho cariño á los vecinos, estamos tan débiles como ellos relativamente; así es, que si llegara el caso, no podríamos hacer más que lamentar sus desventuras.

Lo que hoy tiene que sufrir Portugal, podrá tener que sufrirlo mañana ú otro día Holanda y la misma Bélgica. ¿No podrían evitarlo? ¿No podrían las naciones de segundo y tercer orden ponerse á cubierto de los abusos y de las amenazas de los poderosos? No les sería difícil ciertamente.

Desde luego hay que afirmar que á las naciones pequeñas no les conviene abandonar la neutralidad, ni les convendría meterse en gastos y armamentos. Pero esa neutralidad que aisladamente conservan, y que de nada les sirve, podrían conservarla unidas, formando una alianza de débiles, pero una alianza que, dada la situación de Europa y la enemistad que existe entre las naciones poderosas, sería temible.

A cualquier lado que se inclinara la Liga de naciones pequeñas, daría la victoria, y por esta sola consideración ya les molestaría nadie. Entonces sí que les sería fácil hacerse respetar y conservar la neutralidad y hacer valer sus derechos. Mientras permanezcan aisladas, las pisotearán los poderosos. Uniéndose, no para guerrear, sino para conservar su neutralidad, imponiéndola por el núcleo de fuerzas que representen, no tendrán que aguantar amenazas como las que indirectamente va á sufrir Portugal.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

SOLDADOS.

Charada

En su primera segunda le dije un día á tres tres; por la prima dos tercera, tras dos me puedes vender.

A. A.

La solución en el número próximo.

LAS OREJAS.

Pocos son los hombres que procuran conocerse á sí mismos; todos absolutamente todos tienen singular empeño en conocer á los demás.

No es extraño, pues, lector carísimo, que se hayan hecho las más detenidas observaciones para conocer por el color de los ojos, por los perfiles del rostro, por las rayas de las manos, por la longitud de los pies, por los movimientos de los brazos y por otras

muchas cosas más, el carácter, temperamento, hábitos, virtudes y vicios de cada hijo de Adán.

No sabemos por qué motivo, los profundos observadores que dedicaron el tiempo á tan provechoso estudio, consideraron hasta hace poco como indignas de ocupar su atención á las orejas de los humanos.

Semejante injusticia ha sido ya remediada; hace poco, un sábio ha colocado á esos adornos de la cabeza humana, en la categoría de miembros parlantes y delatores de su propio dueño.

El tal sábio prescinde de lo que está á la vista de todo el mundo, y sin ocuparse de los que gastan orejas á lo rey Midas, después de haber examinado con el mayor detenimiento las orejas de todos sus parientes y amigos, las de su fámulo y fámula y de cuantos generosamente se prestaron á contribuir á tan notable descubrimiento, dio al viento de la publicidad el resultado de sus investigaciones el cual puede condensarse en la siguiente forma:

Orejas de cartilago bastante blando, indican buen genio.

Las grandes y bien formadas, nobleza.

Las de cartilago duro, ignorancia.

Las grandes y mal formadas, atrofia del cerebro.

Las muy peladas, temperamento sanguíneo.

Las grandes y muy tiesas, pedantería.

Las muy pulidas, maldad.

Las de un tamaño regular y bien formadas pasión á lo bello.

Las muy pequeñas, impureza en la sangre.

Las de forma irregular, temperamento bilíatico.

Grandes deben haber sido los sacrificios llevados á cabo por dicho sábio; y la Humanidad, el día que se convenga de los grandes beneficios que pueden reportar de los estudios de aquel, elevará á su memoria un monumento que exista mientras haya seres orejados en la tierra.

Y es indudable, que pronto, muy pronto se convencerá de que nuestro sábio le ha prestado un incomparable servicio.

De aquí en adelante, la mamá que quiera para su hija un buen Juan, no tiene más que dar á su futuro yerno un suave tirón de orejas.

¿Tiene blandos los cartilagos? Pues no necesita pensar más; ese es el hombre que le conviene á su hija por esposo y debe decidirse á ser su suegra.

¿Duda alguien de la limpieza de vuestra sangre? Pues no se necesitan pergaminos ni otras bagatelitas: que mire vuestras orejas, que si las tenéis grandes, no hay ni pizca de haber quien les niegue más limpio botelongo.

¿Las tenéis grandes y bien formadas? Pues en tal caso, cometerá una injusticia quien se atreva á poner en duda vuestra nobleza.

Ahora si que los malvados van á escapar mal.

Ni las sutilezas de sus defensores, ni su tenacidad en declararse inocentes, le han de servir de nada.

Ojo á las orejas del acusado. ¿Le tiene peludas?

Pase al palo con él, para que pague su maldad.

La mujer celosa no tiene que pasar insomnios ni entregarse á cavilaciones.

¿Tiene su marido las orejas de tamaño regular y bien formadas?

Pues entonces confírmese con su suerte; aquel tiene pasión por lo bello, y por todas las bellas.

¿No las tiene así?

Pues recobre la tranquilidad perdida.

¿Quiere alguno de nuestros lectores conocer si debe dedicar á su hijo á una carrera que le dé honra y provecho?

Pues aparentando que le acaricia, déle un tirón no de orejas, y si el cartilago de ésta es demasiado duro, dedíquelo á labrar, si no quiere perder tiempo y dinero.

En fin, lector carísimo, solo mirando orejas se pueden resolver ya muchos de los problemas más difíciles de la vida.

L. N. E.

AURORA.

—¡Capitán Dupin!—Llamó Murat que estaba escribiendo en una sala del palacio del príncipe de la Paz, en Madrid.

Como nadie contestaba, Murat levantó la cabeza, miró á los oficiales que esperaban sus órdenes, y no viendo entre ellos al capitán Dupin, mandó que fueran á buscarle.

Esto pasaba en primero de Mayo de 1808.

No tardó en presentarse el capitán Dupin, que era un gallardo joven, muy simpático.

—¿Dónde estaba capitán?

Dijo el príncipe (como llamaron á Murat desde que había recibido el título de Gran Duque de Berg.)

—En el palacio, mi general.

—No hasta eso.

Hay que estar aquí, cerca de mí.

Haes días que vago observando que andáis triste y preocupado.

—¿Qué os sucede?

—Nada, mi general.

—Sí, algo os pasa.

—Pues bien, es verdad; disgustos de familia.

Y esos disgustos, ¿os tenéis en el piso tercero del palacio? Porque se que subís á mi lado.

Capitán, no me gustan los misterios.

—Tengo conmigo á mi hijo... un niño de cuatro años.

—¿Habéis hecho muy mal en traerle.

Puede haber de un momento á otro un acontecimiento contra los franceses...

—Mandaré el niño á Francia—murmuró tristemente el capitán.

—¿Y para qué? No, que se queda; pero que yo no lo vea.

Y sobre todo; que en presencia de os haga olvidar vuestros deberes. Buena andaría la disciplina si cada uno de nosotros llevase sus chiquillos á compañía.

Podéis retiraros.

Mauricio Dupin no había dicho toda la verdad porque tenía también consigo á su mujer que había ido desde Francia corriendo mil riesgos en un viaje que había durado cerca de un mes por país en mígo.

Pasó una semana desde la explicación entre Murat y su ayudante. El príncipe no había vuelto á hablar del asunto.

Por una mañana se levantó de buen humor y preguntó al capitán:

—¿Por dónde anda ese niño? ¿Se le puede ver?

—Ahora mismo, mi general, si lo deseáis.

Pocos momentos después volvía el capitán llevando de la mano á un precioso niño, vestido con uniforme de gala de los húsares de la Guardia imperial.

Murat sentó al niño encima de sus rodillas y se puso á acariciarle.

—Cuando seas grande—le dijo—te haré ayudante mío. Te batirás á mi lado.

—Sí, príncipe Fanfarinet—contestó muy alegre el futuro ayudante.